# Muere el César

Talbot Mundy

nauclero narrativa

Muere el césar
Título original: *Caesar Dies*
Primera edición: julio de 2014
Colección acuarela nº 3

© 2014 Beatriz Montes y José Miguel Pallarés, de la traducción
© 2014, Ediciones Nauclero

Reservados todos los derechos. Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 978-84-939041-4-2
Depósito legal: VA 345-2014

# I
# Durante el reinado de Cómodo

La dorada Antioquía descansaba sobre la garganta de la montaña como un dije. Las espaciosas calles entrecruzadas, casi todas de más de cinco kilómetros de extensión, se apiñaban en torno a la elevación como cadenas de un collar a la moda. Sus sibaritas moradores salían a tomar el aire en carros, literas o a pie. Solo los frecuentes temblores de tierra conseguían alterar su permanente búsqueda del placer. Sus ropas de lino eran de colores tan vívidos como el de la fruta exhibida en los mostradores de las tiendas instaladas debajo de las columnas o los árboles en flor plantados en los jardines públicos, todo lo cual convertía a la urbe, vista de la altura de la ciudadela, en un mosaico verdiblanco.

El gentío de las principales vías públicas estaba formado en su mayor parte por la aristocracia local. Los corrillos de esclavos congregados en torno a ellos realzaban la opulencia de los potentados. Los romanos despreciaban a los lugareños, aunque les encantaba la ciudad. (Por lo general, los ciudadanos del Imperio tenían menos dinero, porque quienes conseguían una fortuna iban a Roma para despilfarrarla, estaban menos formados y no eran tan disolutos). Los cosmopolitas antioqueños devolvían el cumplido y tenían a los latinos por unos zoquetes depravados y unos ignorantes en todas las disciplinas artísticas, aunque muy capaces a la hora de librar sus guerras y gobernar sus territorios, y en consecuencia, les temían aunque no les respetaban.

Por tanto, ninguno de los dos grupos se mezclaba en las calles. Y los esclavos tomaban ejemplo de sus amos: simulaban en público

un desprecio que estaban lejos de sentir, pero se cuidaban mucho de mantener. Los romanos iban siempre muy peripuestos con la toga, el palio y la túnica. Los antioqueños consideraban una estupidez simular dignidad y vestían de un modo horroroso, en parte para llevarles la contraria. Pero, en el fondo, todo era una pose.

La urbe había tomado como modelo Alejandría[1] y había realizado todos los esfuerzos necesarios para convertirse en capital del Imperio Romano de Oriente. Las rutas comerciales procedentes del norte, sur, este y oeste confluían allí, y todo tipo de personas y mercancías entraba por las ornadas puertas abiertas entre los lienzos de piedra caliza de la muralla. Aquel ingente flujo de caravanas era supervisado por legionarios procedentes de Galia y Britania, acuartelados en el capitolio levantado sobre el monte Silpio, situado en el confín meridional de la metrópoli. Las riquezas de Oriente y Egipto fluían sin cesar, dejando su poso de riqueza igual que la corriente deposita una capa de limo.

Uno de los barrios extramuros se había convertido en un hervidero de comerciantes extranjeros, algunos procedentes de lugares tan distantes como la India, que se alojaban en las hospederías y frecuentaban tascas, templos y burdeles. Allí también había barracones con estancias y reservados donde los esclavos eran expuestos para su venta, y caravasares dentro de cuyos muros los camellos descansaban arrodillados mientras el aire se llenaba poco a poco de una fetidez a excremento, pues cerca había un mercado para elefantes y otras fieras procedentes de Oriente.

La capital se hallaba dividida en cuatro secciones y cada una de ellas contaba con murallas propias. Era posible cruzarlas gracias a unas puertas en arco, habilitadas solo para las personas

1 El trazado urbano inicial fue la planta reticular típica de las ciudades helenísticas. [N. de los T.]

autorizadas, claro, pues no había plebe más levantisca ni veleidosa que la antioqueña, ni siquiera la chusma alejandrina la igualaba.

Cada vez que un terremoto hacía estremecer los edificios hasta sus cimientos, y eso venía a suceder con mayor frecuencia aún que las revueltas raciales, las autoridades realizaban una rápida reconstrucción con vistas a facilitar un acceso fácil a la ciudadela, desde donde el gran templo de Júpiter Capitolino dominaba la retícula de la urbe.

Los ciudadanos romanos y los antioqueños de origen macedonio más adinerados vivían en el extremo norte, sobre una isla situada en un meandro del río Orontes, protegidos por las murallas. Uno de los quehaceres jamás descuidados por la administración local era mantener despejada una ruta por la que las tropas pudieran ir desde el alcázar a la isla cada vez que se desataba una revuelta.

Allí se alzaba el palacio deslumbrante de mármol y toldos de alegres colores donde habían vivido espléndidamente los reyes hasta que las legiones habían salvado a la urbe de su tiranía, sustituyéndolas por un férreo gobierno proconsular que tenía su origen en el concepto latino de patria potestad. La sustitución de unos gobernantes por otros no había levantado demasiados resquemores. Roma hacía sentir su autoridad. Se había convertido en algo muy similar a un padrastro.

El gobierno imperial traía consigo obligaciones, sobre todo la sumisión y el pago de impuestos, pero también ciertas ventajas, que ningún residente negaba, por mucho que sus actores cómicos y los esclavos cantasen en privado tonadas que hacían escarnio de los romanos e inventaban acusaciones de injusticias y extorsiones que eran más ultrajantes en la ficción que en la realidad.

Los placeres nunca habían estado tan organizados ni jamás habían sido tan rentables los negocios desde que Antioquía había

heredado el lujo y los vicios de griegos y sirios. Los impuestos se recaudaban con rigor y las exigencias de Roma, incrementadas por las excentricidades continuas de Cómodo, resultaban despiadadas, pero el trato en general merecía la pena. Los halagos y la sumisión eran rentables. Quienes se sometían y evitaban que los informadores se enterasen de sus críticas podían estar razonablemente seguros de que iban a vivir para ver el día siguiente.

Pero los espías y delatores se hallaban por doquier y nadie conocía su identidad. Esa era otra de las razones por las que tanto romanos como antioqueños evitaban todo intercambio social que iba más allá de lo necesario. Una acusación secreta de traición basada en poco más que la malicia de un informante podía poner fuera de la ley incluso a un ciudadano del Imperio, así que resultaba posible someterle a tormento. Y los culpables eran ejecutados y el estado se incautaba de sus bienes.

Desde la deificación del emperador se consideraba traición proferir insultos cerca de sus imágenes o estatuas. Las efigies estaban en todas las monedas y las estatuas atestaban las calles. Todas las propiedades expropiadas revertían en el emperador, cada vez más necesitado de fondos para costear los desorbitados gastos de los juegos con que agasajaba al populacho en Roma y los premios en metálico con los que conservaba la lealtad de las legiones y cohortes pretorianas.

Por todo ello, convenía mostrarse prudente y elegir con sumo cuidado a los amigos. Tampoco estaba de más tener la precaución de no mostrarse públicamente junto a quienes tenían muchas posibilidades de acabar involucrados en una intriga policial. Ahora bien, resultaba poco conveniente ser identificado como un solitario, ya que eso significaba que nadie iba a protestar en caso de que se le sometiera a tormento y se le pasara por la espada en caso

de ser acusado de algún delito político. Por tanto, cuanto más campaba a sus anchas la traición, más fiables eran los camaradas. Y como la seriedad y la adustez atraían la atención de los espías del poder, los ciudadanos habían aprendido a ocultar sus más hondos pensamientos tras un velo de alegría e insustancialidad; así evitaban los nunca demasiados definidos territorios de la traición.

Sexto, hijo de Máximo, no cabalgaba solo. A su lado iba Norbano y detrás de él Excílax, a lomos de una afamada yegua árabe que aquel había ganado a Artajes el Persa en el curso de una reciente carrera de caballos. Excílax era esclavo, pero no por eso dejaba de ser amigo de Sexto.

Norbano montaba un moteado potro capadocio que repartía coces a diestro y siniestro entre los transeúntes despistados. La cabalgada permitía mantener una conversación en privado, incluso a pesar de hallarse en el camino a Dafne en una tarde de primavera, cuando la flor y nata de Antioquía se dirigía en esa dirección en carros, monturas o a pie, seguida, eso sí, por una tropa de esclavos con las provisiones necesarias para celebrar un buen banquete a medianoche. Todos salían por la puerta norte de la ciudad. Algunos adelantaron al trío de jinetes, pero tuvieron cuidado de mantenerse lejos de los cascos del semental capadocio.

—Si al final Pértinax aparece… —empezó Sexto.

—… vendrá con una chica —le interrumpió Norbano, acreditando su capacidad para completar las frases de su amigo.

—Cierto. Siempre encuentra alguna mujer fascinante cuando no anda de campaña.

—Y, por supuesto, ninguna se resiste a un general al mando de un ejército —añadió Norbano—. El apuesto Pértinax renueva sus votos a Afrodita con tal constancia que la diosa le recompensa poniendo mujeres bellas en su camino una y otra vez, los estoicos

como tú, Sexto, y los pobretones como yo, poco duchos en eso de agradar a una mujer, quedamos en entredicho por el menor fallo. Los apuestos y los disolutos se llevan toda la suerte. Los juerguistas de Dafne se inventarán buenos bulos sobre nosotros, pero la verdad es que no tenemos la menor posibilidad de divertirnos.

—Cierto. Ahora me gustaría haber elegido otro punto de encuentro —respondió Sexto con aire ominoso—. Pero ¿qué opciones teníamos? Si nos hubiéramos adentrado en el desierto, habría traído consigo a una de sus queridas, y otras dos chicas para hacernos llevadero el tiempo mientras él hacía el ridículo.

—Resulta extraño que un hombre tan firme en la guerra y tan enérgico en el gobierno pierda la cabeza en cuanto le sonríe una mujer bonita.

—No es eso, o no del todo —precisó Sexto—. Pero su padre se ganaba la vida vendiendo leña en una aldea de Liguria. Por eso le gustan tanto el dinero y las últimas modas. Ya tuvo bastante pobreza y harapos de crío, ¡por Júpiter! Tú y yo mancillaríamos aún más nuestra reputación si hubiéramos conseguido pasar de quemar carbón a ser gramáticos y amigos de Marco Aurelio y conseguir el consulado por dos veces, o si fuéramos tan agraciados como él, o si nos hubieran concedido un triunfo por controlar a las legiones de Britania, que se hallaban en estado de rebeldía, o si hubiéramos dirigido con éxito un par de guerras o si tuviéramos una esposa como Flavia Ticiana, hija de un senador.

»Le encantan las mujeres, pero no hasta el punto de tener buena opinión de las orgías de los aristócratas. Flavia Ticiana le es infiel, pero es patricia e inusualmente lista. Jamás la ha entendido, pero sabe que es inteligente, y como la considera maravillosa, hace lo posible por imitarla en su amoralidad. Ahora bien, la única mujer con influencia real sobre su persona es la mojigata Cornificia,

que es tan incapaz de traicionar a alguien como el bueno de Pértinax.

»Ha sido el mejor prefecto que ha tenido Roma durante nuestra generación. ¿Puedes imaginarte la capital sin él? Acuérdate de cómo fueron las cosas cuando ejerció el cargo Publio Fusciano.

—Vivimos tiempos de lo más extraño, Sexto.

—Sí, tanto raros como la mala bestia que tenemos por emperador.

—¡Cuidado!

Sexto miró a sus espaldas para asegurarse de que Excílax les seguía de cerca e impedía con su presencia que alguien pudiera escucharles. En aquel momento se había formado delante y detrás de ellos una fila interminable. Todos se dirigían a Dafne. El jinete se percató de que un esclavo de la ciudad tomaba nota de los nombres de los viandantes, consignando por escrito quien iba y venía.

—Se está preparando otra nueva proscripción. Más de un amigo nuestro no verá el nuevo día, así que tengo ganas de hablar y no estoy de humor para que me hagas callar.

—Entonces, por lo menos, ¡ríete! Uno de los peores delitos en estos días es parecer serio. Los beodos y los juerguistas despiertan pocas sospechas.

Empero, el aludido no estaba por la labor de simular jolgorio. Catón el Viejo había tipificado hacía varios siglos unos valores morales, ahora en decadencia, de los que el joven se sentía heredero. La sobriedad y la gravedad habían cincelado los rasgos de su semblante, muy parecido en su severidad al de los ciudadanos durante los antiguos días de la República. Tenía unos ojos verdeazulados que desafiaban al destino y unos cabellos castaños ensortijados a modo de llamas cuya rojez recordaba al sol naciente. Esa pujanza se veía acosada por la rebeldía de los labios, más

cínicos que alegres. No se apreciaba debilidad alguna en aquellas facciones. La posición del cuello y los hombros exudaba hostilidad.

—Desciendo de mi padre Máximo, de mi abuelo Sexto, y del padre de este, Máximo, y de mi tatarabuelo, Sexto. Me ofende que los hombres tengan por deidad a un cerdo como Cómodo. Yo no le adoraré. Desprecio a Roma por someterse a él.

—¿Y qué otra cosa se puede ser en el mundo, excepto ciudadano romano? —inquirió Norbano.

—No puedes ser nada más —convino Sexto—. Pero yo me refería a la acción. Lo que hago define lo que soy.

—En tal caso, deja que él te responda. —Norbano se echó a reír y señaló con el dedo una pequeña urna situada al lado del camino, donde antaño la imagen de un dios local había repartido sonrisas y bendiciones a los transeúntes. Ahora, la vieja deidad local se había visto reemplazada por el busto de Cómodo.

En los aledaños había un guarda con ropas de sacerdote encargado de velar por el culto imperial: todos los viajeros debían honrar el debido homenaje al dios viviente que gobernaba los destinos del mundo romano. El hombre hacía sonar un gong a modo de aviso para que todos rindieran la debida pleitesía. A 15 metros de allí, al otro lado del grupito de árboles, se levantaba una caseta, donde aguardaban unos compañeros suyos, dispuestos a ejecutar sumariamente a cualquier ofensor que no ostentara la nacionalidad romana o le faltaran las monedas necesarias para que la pena se limitara a ser una severa reprimenda.

Los ciudadanos romanos quedaban bajo arresto para ser sometidos a toda clase de vejaciones y podían considerarse afortunados si lograban salvar la piel pagando la fuerte multa impuesta por un juez que había comprado su cargo a uno de los favoritos del emperador.